

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO (B)

Homilía del P. Antoni Pou, monje de Montserrat

26 de julio de 2015

2 Re 4,42-44 / Ef 4,1-6 / Jn 6,1-15

¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?, pregunta Jesús a Felipe cuando ve la multitud que va llegando. Jesús lo pregunta, no porque no sepa lo que tiene que hacer, si no para probar a Felipe. Y Felipe responde desde una lógica puramente humana, mercantil: "Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo". Es decir, no podemos hacer nada, no salen los cálculos.

Andrés que los escucha hablar, tampoco lo ve claro, pero tiene una actitud diferente a la de Felipe: presenta a Jesús los recursos de que dispone: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces; pero, ¿qué es eso para tantos?".

Y ¿qué hace Jesús? Toma los panes, dice la acción de gracias y reparte los panes y los peces entre toda la gente, sentada en la hierba. Y todo el mundo queda satisfecho.

¿Qué ha pasado para que se produzca el milagro?

Primero Andrés, a pesar de no ver claro que se pudiera hacer nada, ofrece lo que dispone. Segundo, Jesús dice la acción de gracias: reconoce que todo lo que tiene viene de Dios, y lo reparte.

Esta es la lógica que hace posible el milagro. No asustarnos ante las necesidades que parecen superarnos, aportar lo poco que tenemos, y por último, ver lo que tenemos no como algo propio sino como dones de Dios, que agradecemos y compartimos.

La gente cuando se dio cuenta del prodigio que Jesús había hecho querían hacerlo rey, pero Jesús se retira solo a la montaña. La gente no ha comprendido a Jesús: lo que ha visto es que Jesús ha saciado su hambre material, pero no han visto cómo lo ha hecho. Ven los resultados, pero no la actitud. No ven que Jesús lo recibe todo del Padre, y que se ofrece por completo a Él. No ven la actitud de Andrés y del muchacho, que ofrecen todo lo que tienen aunque sea poco, para que nadie pase hambre. No ven que es Jesús, el pan verdadero, el que sacia plenamente el hambre, no sólo material, sino de aquella vida plena que es la comunión profunda con Dios-Padre, fuente de todo bien, Padre de todos, que no quiere que nadie pase hambre.

Jesús después de la multiplicación de los panes, por la noche, se apareció a los discípulos que sufrían en la barca porque soplaban un viento fuerte y el lago se iba encrespando. Y les dice: "Os lo aseguro: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, dando vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre".

Hermanos y hermanas, nosotros también somos de aquellos que no buscamos Jesús por las señales prodigiosas, sino que tenemos hambre de aquel alimento que no se echa a perder y que da la vida eterna. El Hijo del Hombre, convertido en pan y que nos transforma en alimento para los demás. Ofrecemos ahora a Dios, como Jesús, el fruto

de nuestro trabajo, lo poco que tenemos, y hagamos con ello su eucaristía, acción de gracias y compromiso.